

Todos los animales se dirigían, desde los cuatro puntos cardinales, al corazón del bosque.

Por la senda del este se acercaban los zorros. Algunos llevaban pasajeros que habían recogido por el camino. Un hermoso zorro rojo que gobernaba la manada, llevaba sujetas de la cola a dos familias de ratones grises. Sobre los demás cabalgaban conejos, marmotas y ardillas.

—¡Deprisa, deprisa! —decían a los zorros.

Y los zorros apretaban el paso.

Desde el norte bajaban tres tribus de osos negros. Tiempo atrás se disputaron los territorios más altos del bosque. Aunque sus antiguos enfrentamientos aún se recuerdan, viajaban juntos. Hacía poco que había terminado su descanso invernal y tenían mucha sed. Seguían el río para poder beber con frecuencia.

—¡Así no vamos a llegar! —se quejaba alguno.

Y los osos que se habían parado en la orilla retomaban la marcha.

El camino del oeste estaba lleno de ciervos. Posados en sus cornamentas iban los pájaros más ancianos, a los que un viaje tan largo habría fatigado. También transportaban nidos con los primeros huevos de la primavera y a las madres que los protegían. Entre los ciervos corrían enormes lobos que indicaban el camino con sus aullidos.

—¡Auuuuuuú... auuuuuú! —hacían.

Y los ciervos seguían a los lobos en aquella dirección.

Por el sur llegaban aves de todos los tamaños y colores. Juntos volaban águilas y halcones, con golondrinas, cuervos y reyezuelos. Sin abandonar el rumbo, dibujaban círculos y entrelazaban su vuelo. Desde arriba se aseguraban de que los demás

habitantes del bosque, los que iban por el suelo, no se perdieran y supieran llegar a su destino.

—¡Un mapache se ha desviado! —avisaban al darse cuenta.

Entonces formaban la punta de una flecha en el cielo, para que el despistado la viera desde abajo y encontrara el camino.

¿Cuál era la razón de aquella aventura? ¿Por qué los zorros ayudaban a los roedores más pequeños? ¿Qué hacía que los osos viajaran hacia un lugar tan alejado de su territorio? ¿Cómo se había formado aquella compañía en la que los ciervos habían perdido el miedo a los lobos? ¿Por qué las aves hacían de guía desde el cielo?

¿Qué había en el corazón del bosque que despertara tanto interés?

El corazón del bosque era el mismísimo centro, alrededor del que había crecido todo lo demás. Y también era el hogar del Gran Roble.

El Gran Roble había sido durante mucho tiempo el árbol más alto y con las ramas más fuertes, hasta que alguno de sus nietos creció hasta superar su copa. Era el árbol más viejo del bosque y había conocido a los padres, y a los padres de los padres, y así muchas veces, de cada uno de sus habitantes. Por eso, según se decía, también era el más sabio. No había nadie en el bosque que no hubiera pedido su consejo o escuchado alguna de las mil historias que contaba. Bajo su corteza arrugada y en sus raíces retorcidas, guardaba la memoria de todo el bosque.

Pero hacía dos días, la familia de pájaros carpintero que vivía en el tronco del Gran Roble había levantado el vuelo. Llevaron de norte a sur y de este a oeste una noticia que nadie debía quedarse sin oír: el invierno había sido muy duro también en el corazón del bosque. Tanto que casi todas las hojas del Gran Roble se le habían caído por primera vez. Las pocas que le quedaban se habían vuelto grises y, según aseguraban los pájaros carpintero, estarían a punto de caer. Además, la corteza se le había secado y oscurecido, y se soltaba del tronco a trozos.

Todo aquello hacía pensar que la vida del Gran Roble estaba llegando a su fin. Y por eso los animales se pusieron en camino hacia el corazón del bosque. Querían despedirse del viejo árbol.

A medida que iban llegando a los pies del Gran Roble, formaban círculos cada vez más grandes alrededor. Al principio se quedaron en silencio porque nadie sabía qué decir. Pero los más pequeños pronto empezaron a preguntarse por qué estaban allí, tan callados. El cuchicheo fue creciendo poco a poco, hasta que cada grupo empezó a hablar con el de al lado y el de enfrente con el de más allá.

—¿Qué le pasa al Gran Roble? —se atrevió a decir uno de los ratoncitos que había llegado en la cola del zorro rojo.

—Este invierno ha sido tan largo que el Gran Roble no se ha dado cuenta de que ya ha terminado —respondió muy serio un petirrojo medio desplumado, desde su asiento en los cuernos de una cierva.

—¿Por eso no abre los ojos y hace como que no nos escucha? —oyeron preguntar a un gazapo, que se había acomodado entre las patas de un lobo.

—Parece dormido —dijo una ardillita, agarrada a las orejas de otro zorro—. ¿Cuándo va a despertarse? ¿Es eso lo que estamos esperando aquí?

Un águila planeó hasta posarse sobre la cabeza de una osa de la primera tribu.

—No va a despertar. Hemos venido a acompañar al Gran Roble hasta que esa última hoja caiga también —el águila ahuecó sus plumas y paseó la mirada sobre los más jóvenes—. ¿La veis allí arriba?

Una lagartija dejó de jugar con una mariposa para buscar la hoja.

—¿Entonces quién nos contará historias de nuestros abuelos? —preguntó la lagartija al ver la hoja, tan gris como la ceniza, en la rama más alta del Gran Roble.

Se levantó el mayor de los ciervos. Sacudió su cornamenta y habló con voz solemne:

—El Gran Roble fue muy generoso y compartió su sabiduría con todos los habitantes del bosque. Sus historias, recuerdos y enseñanzas están en nosotros ahora. Así, podremos seguir contándolas a nuestros hijos y nietos.

El ciervo miró a los más pequeños y terminó:

—También lo haréis vosotros, cuando los tengáis.

Se puso en pie una loba de pelaje blanco y dijo:

—Debemos conservar la memoria del Gran Roble y sumarla a la que nos dejaron nuestros padres y abuelos. Con cada nueva experiencia, ese tesoro seguirá creciendo.

Todos asintieron con la cabeza. Durante un rato, se quedaron en silencio mirando al Gran Roble y su última hoja gris. Parecía como si algunas ramas empezaran a doblársele hacia abajo. Ya no parecía el árbol más fuerte del bosque, solamente el más viejo.

Pero como antes, un cuchicheo empezó a oírse en los círculos que formaban los animales alrededor del tronco. Una acacia adulta levantó la voz para hacerse oír entre los murmullos:

—¿Os acordáis cuando nos protegió durante aquella tormenta tan larga?

Se lo preguntaba a los otros árboles que crecían allí, pero también los animales atendieron porque siempre es fascinante oír hablar a un árbol. Un abedul respondió a la pregunta de la acacia:

—Fue hace ya bastantes veranos. Estiró sus ramas por encima de nuestras copas para atraer los rayos que caían. Su tronco crujió con cada golpe y hasta perdió una de sus ramas más fuertes.

Los árboles cercanos agitaron sus hojas verdes al recordar la valentía del Gran Roble.

—¿Y cuando el año de la sequía dejó de beber? Lo hizo para que las raíces de los demás pudieran conseguir la mayor cantidad de agua y alimento del suelo —dijo un olmo joven—. Me lo contó mi madre, ¿a que sí, mamá?

La mamá olmo sacudió la copa, inclinándose cariñosamente hacia el olmito.

Un reyezuelo echó a volar para que todos le escucharan.

—Cada primavera, la primera pareja de pájaros que volvía al bosque preguntaba al Gran Roble si podía construir su nido en una de sus ramas. Él se ponía colorado y decía que era un honor que eligieran su copa para vivir y criar a sus pequeñines. ¿Cómo se puede ser tan bueno, para no darse cuenta de que el verdadero honor era que él les dejara anidar en su copa?

Miles de alas aplaudieron al reyezuelo, que continuó:

—Y después de esa primera pareja venía la segunda y otra más. Pronto eran una docena y luego varias. ¡Hasta cien nidos se han visto colgar de sus ramas!. Y si se acercaban a preguntarle, el Gran Roble siempre conseguía hacer sitio para el nido de otra pareja más, sin importarle su tamaño o su color.

—Yo nací en su copa —cantó un ruiseñor.

—¡Y yo! —graznó un cuervo.

—¡Y yo! —ululó una lechuza.

—¡Yo también! —pió un azulejo.

—Cuando abrimos nuestro hueco en su tronco —se oyó decir a uno de los carpinteros—, el Gran Roble nos preguntaba cada día si queríamos hacerlo más grande.

Todas las aves batieron sus alas a la vez.

Una cervatilla se adelantó pero, entre el alboroto de los pájaros, nadie le prestó atención. Un gran lobo negro se puso a su lado y aulló para que todos se fijaran en ella.

—Mi abuelo me contó que una vez —dijo la cervatilla—, el Gran Roble lo abrazó con sus ramas más bajas para esconderlo de unos cazadores.

El lobo negro guiñó un ojo antes de decir:

—Sí, le encantaba fastidiar a los cazadores. A veces hasta cambiaba de posición para que creyeran que se habían equivocado de camino. A uno que perseguía a mi madre le quitó el sombrero y se lo lanzó tan lejos que tuvo que ir a buscarlo fuera del bosque.

Dos osos enormes y una osa, los jefes de cada tribu, salieron de sus círculos.

—El Gran Roble hizo comprender a nuestros antepasados... —empezó el jefe de la tercera tribu.

—...que los territorios del norte eran lo bastante grandes... —siguió la jefa de la segunda tribu.

—...para que nuestras familias vivieran en paz —terminó el jefe de la primera tribu. Y añadió, sonriendo a la osa jefa—: De no ser así, aún estaríamos en guerra y yo no conocería a mi esposa...

—...ni yo a mi esposo —completó la osa jefa de la segunda tribu, mirándole con ternura. Luego señaló al jefe de la tercera, diciendo—: Y de esa forma, nunca habría nacido nuestro hijo.

Los tres osos que mantenían unidas a las tres tribus volvieron a su sitio, para dejar el turno a quien quisiera hablar. Así, animales y árboles siguieron recordando durante horas.

Y aunque ellos no se dieron cuenta, el Gran Roble lo escuchó todo y supo que podía irse tranquilo. Sonó un chasquido y, entonces sí, las ramas del Gran Roble se doblaron hasta casi tocar el suelo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó un colibrí, sacando la cabeza de una flor.

Un enorme silencio se apoderó del corazón del bosque.

Todos contuvieron la respiración y se fijaron en que la última hoja gris ya no estaba unida a la rama más alta. La vieron revolotear, movida por la brisa, hasta posarse despacio y sin ruido en la hierba verde.

—¿Qué ha pasado? —preguntó un ratoncito gris que se columpiaba en los bigotes de un zorro.

—¿Se ha...? —empezó una diminuta libélula azul.

—¿Se ha...? —todos dejaban la pregunta en el aire.

—¿Se ha muerto el Gran Roble? —se atrevió un lobato valiente.

Un gordo sapo doctor tomó la palabra y dijo:

—Así es... El Gran Roble nos ha dejado.

Al oír aquello, todos los animales se pusieron en pie intentando hacer el menor ruido posible. Sin romper los círculos que habían formado al llegar, daban una vuelta alrededor del Gran Roble. Unos rozaban con la pata alguna de sus raíces y otros inclinaban la cabeza en señal de respeto antes de apartarse. Algunos de los pequeños se resistían al principio, pero sus mayores les empujaban un poquito con el hocico para que se despidieran también. Después de hacerlo los más pequeños se sentían mejor, por haber podido decirle adiós al Gran Roble antes de emprender el camino de vuelta.

Pero un zorrillo se negaba a acercarse. Estaba encogido en el suelo y escondía la cara entre las patas.

Una tortuga con musgo en el caparazón le preguntó:

—¿Por qué te quedas aquí?

—Si no le digo adiós el Gran Roble no podrá irse —respondió el zorrillo.

La tortuga metió la cabeza entre las patas del zorrillo para verle la cara y dijo:

—Se habrá ido de todas formas y, cuando pase el tiempo, tu estarás más triste aún por no haberte despedido como los demás.

—Solo tengo ganas de llorar —sollozaba el pequeño.

—Es normal —le tranquilizó la tortuga—, y no debe darte vergüenza. Todos estamos tristes porque ya no volveremos a ver ni escuchar al Gran Roble. Pero, ¿sabes una cosa?

El zorrillo levantó las orejas y después la cabeza. La tortuga se esforzó por sonreír, porque también estaba muy triste, y dijo:

—Pronto te darás cuenta de lo hermoso que es lo que ha ocurrido aquí hoy. Mira a los osos, a tus padres y las ardillas, a los ciervos y los lobos, a los halcones y los ratoncitos de campo. Míranos a nosotros, también.

Un búho se posó en el caparazón de la tortuga, para decir con voz profunda:

—Todos hemos dejado de lado nuestras diferencias y problemas. Hemos venido juntos hasta aquí por una sola razón: porque el Gran Roble ha formado parte de nuestras vidas y eso nos ha acercado unos a otros. Nos ha unido. Llevamos horas recordando las cosas buenas que hizo y podríamos estar así semanas, quizá meses.

Una culebra de color naranja se acercó y siseó:

—Y seguramente lo estaremos. Durante mucho tiempo no dejaremos de recordarle con tristeza. Le echaremos de menos.

Un ciervo al que le empezaba a salir la nueva cornamenta dijo:

—Pero llegará una mañana en la que el sol parecerá diferente y, uno a uno y tu también, nos daremos cuenta de algo...

El zorrillo ya no lloraba ni escondía la cara, aunque dos lagrimones le colgaban aún de los bigotes. Estaba escuchando atentamente.

—¿De qué nos daremos cuenta? —preguntó.

—De lo feliz que debía ser el Gran Roble al marcharse —dijo un pato silvestre aterrizando junto al zorrillo—. Si tantos lo queríamos tantísimo, será porque su vida fue plena y rebosante de amor.

En los círculos se oyeron un montón de voces que hablaron a la vez.

—Fue un maestro.

—Fue un héroe.

—Fue el abuelo, el padre y el hermano de los que perdimos a los nuestros.

—Fue un amigo.

—Fue tantas cosas para nosotros...

—La vida de todos se ha de terminar, más pronto o más tarde. Pero merece la pena llegar a ese final si algo de nosotros se queda con nuestros seres queridos, y lo guardan siempre aquí y aquí —dijo una osa joven, señalándose la cabeza y el corazón—. Cuando perdí a mi padre y a mi hermana lo pasé muy mal, pero terminé por darme cuenta de que seguían justo donde te he dicho: aquí y aquí.

La madre del zorrillo se le acercó y le rozó las orejas con el hocico:

—Vamos, no tengas miedo.

El zorrillo se puso en pie y siguió a su madre hasta las raíces del Gran Roble. Entonces se dio cuenta de que miles de campanillas blancas habían trepado por su tronco y sus ramas, hasta cubrirlo por completo. Tan quieto y envuelto en flores, el Gran Roble impresionó al zorrillo.

—Igual no vine a verle tantas veces como debía —dijo, frenando el paso—. O no fui todo lo bueno que habría podido ser con él. Me subía a sus ramas para jugar con los pájaros y arañaba su tronco para llamar a los carpinteros. A lo mejor si yo no hubiera hecho esas cosas el Gran Roble no se habría ido.

Uno de los nietos del Gran Roble oyó al zorrillo. Dobló su tronco para verlo bien y le habló así:

—Yo también hacía trastadas y a veces el Gran Roble se enfadaba conmigo. Pero siempre se le pasaba enseguida. Sabía que había mejores cosas que hacer que estar enfadado o triste. Él hizo todo lo que pudo por los demás y trató de enseñar todo lo que sabía. Lo hizo cada día y durante todos los años que ha durado su vida. Se merece un buen descanso.

—Simplemente, no olvides nunca al Gran Roble —dijeron a coro los demás árboles que crecían alrededor.

La madre del zorrillo le dijo al oído:

—E intenta parecerle a él, aunque solo sea un poco, para que a ti tampoco te olviden jamás.

El zorrillo llegó hasta el Gran Roble cubierto de campanillas blancas y tocó con la pata una de sus raíces. En voz muy baja, para que solo él pudiera oírle, le dijo:

—Adiós, querido Gran Roble. No te olvidaré.

Y se alegró de haber dicho lo que sentía.

* * *

Cuando se alejaban por la senda del este, el zorrillo se paró y volvió la cabeza para mirar atrás.

Vio a un jilguero que recogía en su pico aquella última hoja gris y volaba hasta su nido. El jilguero sujetó la hoja del Gran Roble entre los palitos del nido, para dar calor a los huevos que pronto se abrirían.

¡Ninguno te olvidaremos!, pensó el zorrillo.

Y dando brincos regresó al lado de su madre.